
ESTUDIOS

El mito de la privatización

Joaquín G. Roca

Sostenidos y alimentados por los procesos socio-económicos que constituyen la modernidad, están emergiendo unos modos específicos de querer, de amar, de pensar, de sentir y de desear que configuran el clima cultural de nuestra época. Todo clima cultural es como un auténtico universo de atracciones y repulsas, una especie de tejido formado por disposiciones y querencias, una red de círculos y de tensiones que predisponen los intereses personales y marcan las tendencias colectivas.

Los procesos culturales se configuran como auténticas constelaciones con unos astros fijos, satélites, planetas muertos y estrellas fugaces. No cabe duda que la privaticidad es el nuevo astro de nuestra época. El poder y la fascinación de lo privado prolifera en serias mitificaciones que se imponen más allá de lo razonable y en una serie de rituales mágicos que crean vasallaje y dependencia (1).

Todo mito es a la vez revelador de los deseos profundos y encu-

brido de intereses históricos. Como revelador provoca la seducción: algo vehicula el mito que pertenece al mundo de lo verdadero. El encubrimiento, por el contrario, es la máxima peligrosidad del mito, aquello que crea dependencia, recluta adeptos y oculta su condición de fetiche.

El mito de la privaticidad tiene, en la actualidad, dos reveladores que a su vez encubren la realidad de las cosas: la enfatización de la sociedad civil y la entronización del individuo.

El dulce encanto de la sociedad civil

La mitificación de la privaticidad ha encontrado su último baluarte en la enfatización de la sociedad civil que se presenta como la nueva trinchera del pensa-

(1) He analizado la índole idolátrica de este proceso en «Idolos de muerte en la sociedad actual», en *Misión Abierta* 5-6 (1985), p. 42.

miento neo-conservador. Privatizar, según esta versión, consiste en redescubrir los encantos de la sociedad civil. Quizá haya sido la operación ideológica de mayor alcance que ha legitimado la ofensiva neo-conservadora y explique sus éxitos inmediatos; éxitos que deberán atribuirse tanto a su poder de ocultamiento como a la ceguera del pensamiento progresista en recuperar la sociedad civil para su tradición (2).

Y qué potencialidades tiene la sociedad civil que le hace capaz de seducción.

Históricamente, el surgimiento de la sociedad civil como espacio de libertad privada contrapuesto al Estado como órgano público de poder coactivo viene acompañado por el nacimiento del mundo burgués de quien recibe sus primeros estigmas y también su último destino.

Según los análisis de N. Bobbio (p. 35), la sociedad civil vendría definida por tres componentes esenciales:

a) La afirmación de los *derechos naturales* que pertenecen al individuo y a los grupos sociales, independientemente del Estado, y que como tales limitan

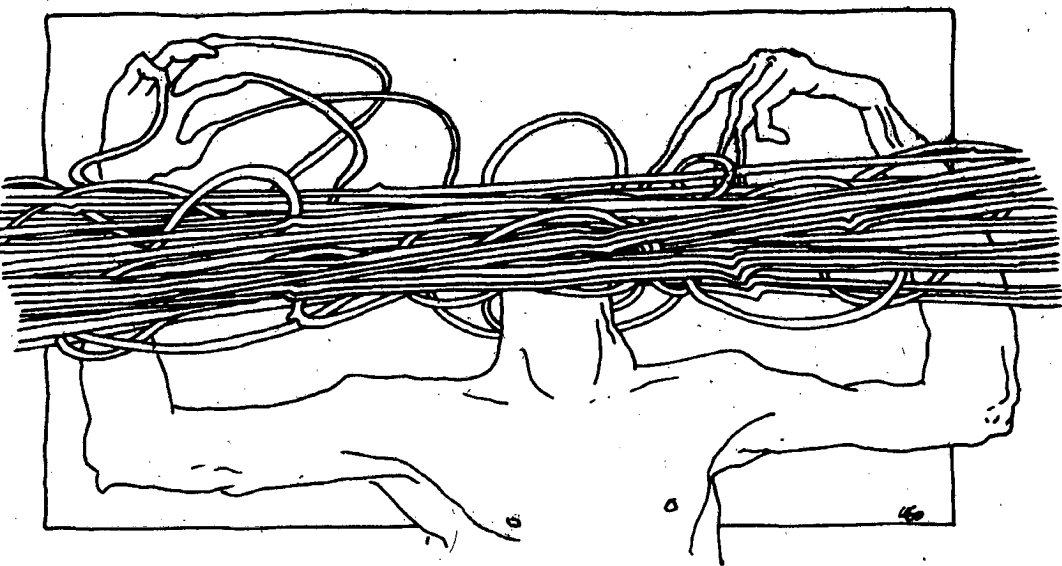
y restringen la esfera del poder político. Es sabido cómo se identifican estos derechos con la familia y la propiedad.

b) El descubrimiento de una esfera de relaciones interindividuales, como las *relaciones económicas*, para cuya regulación no se requiere la existencia de un poder coactivo porque se autorregula.

c) La ampliación del derecho privado por el que los individuos regulan sus relaciones recíprocas a través de los *contratos* guiados por sus propios intereses a expensas del derecho público o político en el que se ejercita el poder coactivo.

Este nuevo continente, que exploraba la revolución burguesa, formado por las instituciones de la familia, la propiedad, la economía y el contrato iban a constituir el nuevo espacio emergente de lo privado. Su consistencia era tal que fueron consideradas de derecho natural ya que se basaban en la «naturaleza de las cosas», e incluso quienes las consideraron realidades históricas y positivas les atribuyeron una validez absoluta como si se tratara del derecho de la razón o del derecho «tout court» (Kelsen). En su ayuda vino muy pronto la idea general de que nuestras necesidades crearon la sociedad y nuestra maldad creó el Estado. Si el hombre es naturalmente bueno hay que dejar que se desarrollen las leyes na-

(2) El concepto de sociedad civil necesita una profunda revisión. Prescindo de considerar aquí los caminos de recuperación de la sociedad civil desde una perspectiva progresista. Me he ocupado del tema en: «La desburocratización del Estado de Bienestar», en *Revista de Trabajo* (en imprenta).



turales que no necesitan de la coacción para su aplicación.

La contraposición entre lo público y lo privado, que indiscutiblemente había tenido antecedentes históricos en otras épocas, se afianza desde este momento con tanta fuerza que a partir de entonces ha servido para «delimitar, representar y ordenar» (Bobbio, p. 11) las materias jurídicas, los asuntos sociales y los intereses históricos. El universo iba a quedar dividido en dos esferas que se delimitan recíprocamente y se excluyen exhaustivamente: la esfera de lo privado vehiculado por la sociedad civil, y la esfera de lo público vehiculado por el Estado. La diferencia entre ambas esferas se considera como una diferencia que se da en las cosas, y también como una división de tareas entre quien se ocupa de la riqueza de

las naciones y quien se ocupa de las instituciones políticas (Bobbio, p. 55).

Se inicia de este modo un proceso de mitificación de la sociedad civil como lugar de lo privado. Es el espacio reacto a la injerencia y en el caso de producirse se considera una expropiación que viola derechos individuales. Se identifica con el lugar de la autonomía personal contrapuesto a la esfera sobre la que se extiende el poder público. Esta autonomía de la esfera privada del individuo se convertiría pronto en el emblema de la modernidad.

Con estas premisas se inicia el proceso hacia la primacía de lo privado sobre lo público, en este caso la enfatización de la sociedad civil sobre cuatro postulados: histórico, antropológico, axiológico y político.

Las formas de asociación, que constituyen los individuos con el fin de satisfacer entre sí sus intereses, precede históricamente al Estado como la infraestructura precede a la superestructura. Su preeminencia se legitima también antropológicamente en la prioridad del individuo sobre el grupo. En tercer lugar la sociedad civil connota axiológicamente el lugar en que se forman los grupos que luchan por la emancipación del poder político, adquieren fuerza los llamados contrapoderes y se organizan los fermentos renovadores de las relaciones de dominio; hasta llegar a realizar el ideal de una sociedad sin Estado. Políticamente la preeminencia se justifica en el hecho de que la sociedad civil es el lugar de la formación de las demandas que se dirigen al sistema político y a las que el sistema político tiene como misión dar respuesta.

La primacía de lo privado en manos de la ideología liberal se reviste de fascinación hasta convertirse en el camino de la emancipación. La reducción del Estado al mínimo se articula como propuesta política y la inviolabilidad de la familia y de la propiedad, así como la autonomía de la economía, son los ejes de la concepción liberal del Estado. La esfera pública se muestra como el cetro que intenta apropiarse el espacio conquistado por la sociedad civil hasta llegar al Estado totalitario. Se debe en con-

secuencia ensanchar la esfera privada a costa de la esfera pública, si no hasta la desaparición del Estado, si hasta reducirlo al mínimo posible.

¿Qué elementos encubre este proceso de privatización para poder convertirse en un gran mito de la modernidad?

a) *La autonomía de lo privado*

Frente al planteamiento idílico que hace el pensamiento liberal hemos de recordar que la sociedad civil es también el lugar en que surgen y se desarrollan los conflictos económicos, sociales, ideológicos, culturales y religiosos que las instituciones estatales tienen la tarea de resolver con la mediación, la prevención o la represión (Bobbio, p. 37). La sociedad civil representa no sólo el lugar donde se alimentan y se crean las fuentes de legitimación, sino también el lugar en el que se forman los poderes fácticos a expensas de los poderes legítimos. Con razón Bobbio ha advertido que no se podrá subrayar suficientemente que la sociedad civil se abrió camino con el nacimiento de la sociedad burguesa hasta llegar a identificarse ambas en los escritores alemanes (Hegel, Marx), y se afianzó como consecuencia histórica del nacimiento, crecimiento y hegemonía de la clase burguesa que identifica la sociedad civil y la sociedad burguesa.

Todo parece sugerir en la mi-

tología de la privatización que, una vez demostrada la perversidad del Estado, queda mostrada la bondad de la sociedad civil que se presenta como el lugar de los elementos benefactores.

La tradición liberal vio en la sociedad civil el signo y el símbolo de civilización que se indentificaba con los espacios libres que tienen los ciudadanos para perseguir sus intereses en un marco competitivo, interpretar la vida según sus convicciones privadas y practicar sin molestias sus derechos individuales en un marco contractual.

La tradición marxiana, por el contrario, vio muy pronto cómo la sociedad civil, empíricamente observada, era el ámbito de la concurrencia egoísta, la explotación salarial capitalista y la desigualdad clasista. La sociedad civil burguesa era un universo de rapiña y miseria moral. Para Marx, la sociedad civil es el reino de la clase, de la desigualdad y de la explotación.

Sirva tan sólo la referencia a la tradición marxiana para lanzar una sospecha sobre ese lugar idílico y neutral que es la sociedad civil según la tradición liberal. La sociedad civil se ha convertido en uno de los conceptos más ambiguos y, sin embargo, más necesarios para comprender una esfera significativa constituida por las creencias, los derechos individuales y los mundos de vida. Sería el escenario del individualismo, de

la privacidad, del mercado, del pluralismo y de la clase (Giner, 1987, p. 25).

Convenría por ello considerar con un cierto rigor dos fenómenos que pesan recientemente sobre la llamada sociedad civil, y que han difuminado las fronteras entre el Estado y la sociedad hasta el punto que se ha podido preguntar si el concepto de sociedad civil es una unidad histórica identificable. Los analistas sociales observan cómo este espacio está sometido a procesos complejos que hacen peligrar la consistencia misma de la sociedad civil. Dos fenómenos son particularmente importantes en el ámbito de la administración social: el corporativismo y la expansión estatal.

La sociedad civil depende cada vez más de un número creciente de estructuras organizativas, relativamente autónomas y competitivas que llamamos corporaciones, así como de aquellos intereses colectivos capaces de organizarse estratégicamente para lograr sus fines específicos. Esta creciente corporatización ha permitido a algunos observadores sustituir el nombre mismo de sociedad civil por el de sociedad corporativa. La corporatización es la culminación de tendencias ya establecidas como la burocratización, la especialización en las tareas y la proliferación de corporaciones, gremios y organizaciones en todos los terrenos (Giner, 1987, p. 32). El corporativismo ha des-

plazado otras categorías de la vida social (clases, comunidades, clubs, asociaciones...) y su alcance es muy considerable. Este hecho pone efectivamente en peligro el principio básico de la sociedad civil según el cual cualquier grupo de individuos puede crear su asociación libremente para perseguir sus intereses. Se ha desarrollado de este modo una red de dependencias y reconocimientos mutuos que hace problemática la fluidez original de la sociedad civil. Cuando se pide que se privatice la medicina hay que preguntarse si no se está pidiendo que vuelva el corporativismo. En consecuencia, volver a la sociedad civil no significa de suyo volver a un lugar desocupado de intereses y burocracias.

En segundo lugar, resulta igual-

mente difícil identificar hoy la sociedad civil debido a la expansión estatal que bajo forma de Estado, benefactor, empresarial y asistencial ha acercado el Estado a la ciudadanía. En la vida diaria estamos abocados a encontrarnos con mucha frecuencia con el Estado incluso cuando uno cree que se encuentra con la sociedad civil (piénsese en el ámbito de la salud, de las pensiones, de los subsidios, de los servicios sociales).

Hay un proceso indiscutible de «nacionalización de lo privado» que afecta a todos los ámbitos de la esfera privada. Las relaciones contractuales, cuya fuerza vinculante reside primeramente en el principio de reciprocidad y que constituía una institución esencial de la esfera privada, han dejado de ser patrimonio de las relaciones



privadas. Las organizaciones sindicales entienden hoy de los convenios colectivos, los partidos políticos precisan de las relaciones contractuales para negociar la constitución de gobiernos. Hay un proceso de disolución de la dicotomía público/privado que no parece negativa, y son identificables las instituciones que tienen un pie en la sociedad civil y otro en las instituciones estatales. Es, por ejemplo, el caso de los partidos políticos que median, seleccionan o tramitan las demandas sociales.

b) *La eficacia de lo privado*

La posición neo-conservadora propugna la privatización como una posible alternativa a los conflictos y contradicciones que pesan sobre el Estado de bienestar, ya que aportaría más eficacia. Los encantos de la privatización vienen sostenidos por el crecimiento en eficiencia de los recursos sociales. De nuevo resuena el viejo mito liberal: se funciona mejor, se produce más allí donde es privada la propiedad, la gestión y la distribución de la riqueza.

Es éste uno de los mayores encubrimientos ideológicos, ya que, como hizo observar M. Weber, la racionalidad funcional preside tanto lo público como lo privado, el ejército como la empresa capitalista, tanto la fundación de carácter benéfico-asistencial co-

mo el sistema público de enseñanza. En este caso habrá que decir que la eficacia es un atributo de la moderna racionalidad funcional y tecnológica, y en consecuencia habrá recursos privados que podrán ser eficaces o ineficaces, lo mismo que ocurre con los recursos públicos. Los mitos siempre tienen en su interior una confusión lógica.

Tampoco se sostiene la posición neo-conservadora desde la experiencia histórica. Los países con mayor sector público, con impuestos más altos, con sistemas de protección social más generosos, con sindicatos potentísimos y con menores tasas de desempleo no pueden honestamente calificarse como ineficaces. Históricamente no es cierto que a mayor sector público menor eficacia. Sería como decir que es más eficaz en el campo de las prestaciones sociales USA que Suecia.

Si consideráramos la «esperanza de vida» (*life expectancy*) podrá observarse que en aquellos países, como USA, donde se impuso un modelo privado competitivo en el que no existe Seguridad Social ni un servicio sanitario nacional su crecimiento es menor tanto en términos relativos como absolutos:

	1955	1980
USA	68,1	74,0
ESPAÑA	62,0	74,9
ITALIA	63,6	74,7
SUECIA	70,7	76,0
CHECOSLOVAQUIA	65,8	70,4

La eficacia del poder público viene indirectamente reconocida por los defensores a ultranza de la privatización cuando acuden indefectiblemente al Estado en caso de descalabro económico. Cuando la mano invisible se declara impotente se acude a la intervención del Estado para restablecer la ganancia. En consecuencia, no estamos ante una defensa de la privatización como eficacia, sino ante la privatización como mecanismo de beneficio únicamente de los que detentan el poder económico. Se ha podido demostrar últimamente que ni siquiera el propio Reagan es un convencido de la medida, ya que su política encubre un intervencionismo estatal tan solo que no interviene a favor de los recursos sociales, sino a favor de los equipamientos militares. El profesor Navarro lo ha calificado como el gobierno más ortodoxamente intervencionista. El problema es en qué y dónde se interviene (Navarro, 1987).

Si a nivel lógico la eficacia y la privatización no son equivalentes, si históricamente nacen traídas por procesos distintos, y sociológicamente la tesis no está probada por los hechos..., debemos ser más críticos ante el mito.

Entre nosotros es conocido hasta qué punto la iniciativa privada se ha alimentado del gasto público, y en gran medida ha sido una actividad parasitaria del presupuesto público.

c) *La sagrada familia*

La propuesta neo-conservadora se asienta, en tercer lugar, sobre la enfatización de la familia que en el reparto de las esferas se le asignó la esfera de lo privado.

Hay una ingenua presunción de idoneidad sobre la familia sustentada únicamente por el vínculo biológico. Esta ideología se expresa en la convicción de que es mejor una familia que cualquier otro recurso. Se podía asistir a comportamientos sádicos, atestar una abundante bibliografía sobre niños maltratados, o exhibir los pequeños cuerpos violados, pero nunca era legítimo cuestionar la estructura familiar que los generaba. Si esos mismos delitos se producían en el barrio o en la calle, concluiríamos que esos lugares son peligrosos. Pero aunque suceda lo radicalmente impensable y monstruoso en el interior de la familia, se debía mantener como el lugar de desarrollo óptimo. Para sostener este mecanismo se recurre a la *deshistorización* de la familia que ya fue denunciada por Marx en la ideología alemana: «Se debe tratar y desarrollar el tema de la familia de acuerdo con los hechos empíricos existentes y no según el concepto de familia, como es costumbre hacer en Alemania». Para comprender el perfil exacto de la familia hay que contemplarla en sus determinantes sociológicos, condiciones sociales y modalidades históricas, ya que no

es una realidad siempre idéntica a sí misma.

La enfatización de la familia nace al tiempo que una crisis económica afecta profundamente al gasto público. En cierto modo es una respuesta sistémica a procesos institucionales socio-económicos y culturales. Hasta el punto que resulta una adecuada criatura del sistema social que la originó. La familia privatizada se ha convertido en un factor de consumo, en una unidad de reproducción controlada y en el lugar de privatización de los conflictos sociales que neutraliza los potenciales de protesta. El caso más llamativo es hoy el paro juvenil que ha convertido a la familia en colchón del conflicto más grave de los últimos años.

La entronización del individuo

La última y más convencida exaltación del proceso que conduce a los individuos a invertir sus energías en la esfera privada de espaldas al espacio público la ha producido G. Lipovetsky, en *La era del vacío*. La privatización, según el autor, ha instituido el valor autónomo del individuo libre, y en ese sentido ha sido la gran parturienta de los valores de la modernidad. Asistimos a una segunda revolución en la historia del individualismo oc-

cidental, a una mutación sociológica global con la emergencia de un modo de individualización inédito. Sus rasgos fundamentales son: la privatización ampliada, la erosión de las identidades sociales, el abandono ideológico y político, la desestabilización acelerada de las personalidades (p. 5).

Es un proceso tan intenso que todo lo reestructura bajo su propia ley, de forma que los síntomas sociales que constituyen la modernidad no son más que una especie de metamorfosis del mismo proceso individualista.

En primer lugar, sin este proceso serían incomprensibles las sociedades democráticas. La democracia culmina el proceso de personalización, y éste a su vez corona irreversiblemente el objetivo secular de las sociedades democráticas. El desarrollo de las democracias está presidido por el proceso de personalización como tendencia primordial, línea directriz que nos ha permitido pasar del orden disciplinario a un nuevo modo de gestionar los comportamientos, presidido por el mínimo de coacciones y el máximo de elecciones privadas, el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, la menor represión y la mayor comprensión posible. El individualismo es la peripecia o el destino global de las sociedades democráticas (p. 79).

A su vez el modernismo culmina la empresa democrática. La

emancipación del individuo es el fruto maduro del proceso de modernización y, de este modo, la revolución individualista constituye el fermento de la modernidad.

La misma sociedad de consumo es un agente de personalización y de responsabilización de los individuos: ¿qué coche comprar, qué película ver, dónde ir de vacaciones, qué libro leer, qué régimen o qué terapia seguir? (p. 109). Al tener que decidir, surge el individuo; el consumo de masa es así el gran portador del cambio social, de la transformación personal, de la constitución de la esfera privada, de la autodeterminación de los individuos, de la conquista, en definitiva, de la identidad personal. En la medida que el consumo aumenta el abanico de elecciones, el individuo se ve obligado a escoger permanentemente, a tomar iniciativas, a informarse, a criticar la calidad de los productos, a auscultarse y ponerse a prueba, a deliberar sobre los actos más simples, a hacerse cargo de sí mismo, a responsabilizarse. La realización definitiva del individuo se produce en la era del consumo ya que éste «destruye las fórmulas imperativas, exacerba el deseo de ser íntegramente uno mismo y de gozar de la vida, transforma a cada uno en un operador permanente de selección y combinación libre; es un vector de diferenciación de los seres» (p. 108). De este

modo, el proceso de personalización, traído por la sociedad de consumo «crea un individuo informado y responsabilizado» (p. 111).

La historia moderna no es más que la confirmación del valor autónomo del individuo libre.

La mitificación de la privaticidad ha llegado así a la exasperación.

a) *El «enyosamiento»*

En la constelación de la privaticidad han nacido unos rasgos dominantes capaces de configurar la *personalidad*.

Con la exaltación de la privaticidad vivimos la emergencia de una personalidad dotada de sensibilidad psicológica, desestabilizada y tolerante, centrada en la realización emocional de uno mismo, ávida de juventud, de deporte y de ritmo. Sánchez Ferlosio la ha llamado actitud deportiva, caracterizada por el interés del sujeto por sí mismo, por su propio logro, por su propio mérito. Todo se convierte en un instrumento para el interés autoafirmativo, en una provocación a su autoestimación, en un reto y un desafío para demostrarse a sí mismo quién es. El final de la estación es un «enyosamiento», en el que incluso el deseo de la amada se transforma en amor propio: el fin no

consiste en llegar hasta el objeto, sino en condecorarse a sí mismo con la hazaña (p. 13). Y como el mito siempre produce un culto, asistimos al culto a la pura hazaña inmanente, sin objeto, o al reflejo de la hazaña sobre el sujeto mismo.

La sobrevaloración de las cuestiones subjetivas alimenta la obsesión por la realización de uno mismo, por el entusiasmo relacional y por la proliferación de grupos de asistencia.

Ha sido Baudrillard quien ha visto la miseria de la privacidad en sus comentarios sobre *América*. Nada le sugiere tanto dicha miseria como la enorme cantidad de hombres que corren a solas a lo largo de una playa, envuelto en la música de su walkman, aislado en el sacrificio solitario de su energía que busca el éxtasis de la fatiga y el éxtasis del cuerpo vacío, indiferente incluso a una posible catástrofe, algo así como los primitivos desesperados que se suicidaban nadando mar adentro hasta el límite de sus fuerzas. La única angustia comparable a ésta es la del hombre que come a solas de pie en plena calle; esos desechos de la convivencialidad, que cada vez son más y que ni siquiera se ocultan para engullir las sombras en público, serían para Baudrillard algo así como el signo y símbolo de la nueva civilización de Narciso. El creciente desarrollo de personas llevando en

su cabeza el sonido estereofónico que fluye en su mirada y los millares de hombres solitarios que corren cada cual por su cuenta sin considerar a los demás, son los nuevos síntomas de la miseria urbana presidida por la privatización.

Sería suficiente para mostrar el reverso del individualismo, su aspecto perverso y mostrenco, atender a los recientes análisis de Duménil sobre el nazismo. El siniestro invento de la exterminación así como el camino que llevó a la catástrofe está construido sobre un fundamento individualista, nominalista (p. 164). El nazismo resulta de la disgregación de la representación holista, esto es, aquella representación que valora la totalidad social e ignora o subordina al individuo humano por el individualismo (p. 183). El sentido moderno individualista que se expresó en «la lucha de todos contra todos» tiende a debilitar la representación de la sociedad global o colectividad nacional. El individualismo está instalado en el mismo corazón nazi: el individualismo de la lucha de todos contra todos minaba en su espíritu aquello que le hubiera gustado creer y que los alemanes debían creer, a saber, la comunidad del pueblo (p. 184). En el plano ideológico mundial, el nazismo forma parte de un proceso de intensificación y de extremosidad ligado



a la interacción de las ideologías individualistas dominantes y de las culturas particulares dominadas (p. 185). Para Dumont, el racismo abstracto o teórico resultaba de la desintegración individualista de la representación holista de la comunidad.

b) *La idolatría del diván*

En el interior de este clima, los psicólogos radicales americanos proponen ir sustituyendo la producción de objetos por la producción de relaciones. Diseño y pro-

ducción de relaciones que originan una nueva cultura intensa, comunal, sentida y vivida; una nueva sociabilidad hecha de interacciones, contactos y vibraciones. En las fábricas de relaciones lo que se elabora y promociona son ya las emociones mismas: espontaneidad e intimidad, relax e informalidad. Se trata de un nuevo supermercado de experiencias y relaciones significativas donde se pueden adquirir al gusto, motivaciones, raigambres o descondicionamientos instantáneos: grupos de encuentros; juegos comunica-

tivos, terapia de sentimientos, desarrollo del potencial humano, concienciación del propio cuerpo, feed-back bioenergético, masaje psíquico, pedagogía del contacto (Castel, p. 54).

Sería fácil mostrar cómo la constelación de Narciso genera el fetichismo del diván. Entre nosotros, la ausencia de relaciones satisfactorias lleva a investir con todo el poder que tenemos al diván para encontrar así el sentimiento y la carga emocional en el «aquí y ahora» del encuentro. La idolatría del diván es la promoción de lo psicológico por sí mismo, el interés preponderante por los problemas de la identidad, la efervescencia sentimental que nos hace medir la realidad social con el rasero de lo que sucede entre tú y yo o como máximo en un pequeño grupo que reduce la realidad última en la capacidad de sus miembros para intensificar sus relaciones y regularlas a través de la técnica. Ante la insatisfacción crónica de la realidad, ante las transformaciones sociales que nos reducen a simples espectadores, ante la imposibilidad de expresar las dificultades de relación en la vida cotidiana, se invierten las energías hacia dentro, hacia lo privado a través de la tecnificación de la salud y las terapias de liberación emocional (García Roca, p. 46).

Ni siquiera la proliferación de los grupos se libera de la fascinación y de la dependencia de la

constelación de Narciso, ya que la creación de los grupos está presidida por la afinidad y el parecido.

El narcisismo es de tal grado que se unen sólo aquellos que se parecen. El diálogo no es otra cosa que la amplificación del pensamiento propio, y la comunicación no supera la simple relación con uno mismo.

La privatización ha afectado igualmente a la vida política. Se ha extendido en la constelación de la privaticidad la indiferencia hacia las cuestiones de la vida colectiva. La militancia ideológica y la política se ha visto debilitada a causa de la privatización. El santuario de la intimidad donde se repliega el individuo ha cautelado la actividad política y ha desplazado hacia otros compromisos la energía individual.

Lipovetsky ha intuido con admiración la última razón del desprecio de lo político. La privatización habría desplazado los intereses de clase por los deseos individualistas; el hedonismo y el psicologismo se han impuesto a las formas de acciones colectivas.

¿Qué decir de esta exasperación de la privacidad que aleja de la vida pública?

Más allá del mito y de su fascinación existe siempre un coste escondido que debemos clarificar.

La disolución psicológica de lo social, como ha observado Rubert de Ventós (p. 261) transforma to-

da carencia en estigma personal. La falta de una instancia (clase, historia, creencia) a la que referir el propio éxito o derrota conduce inevitablemente a que el fracaso de un individuo sea vivido por él y los suyos como el resultado de su personal inferioridad. Al gravitar la responsabilidad sólo sobre el individuo, las tomas de posición colectivas o revolucionarias pierden todo sentido. Lo que se canalizaba antes en la lucha o en la denuncia se traduce ahora en ansiedad, impotencia o culpa.

Los prisioneros de un proyecto que hace del propio mundo un resguardo privado a la medida de sus necesidades, están incapacitados para experimentar la alteridad. «Su creciente adicción a las Psicoterapias y a los Videocultos no ha hecho sino reforzar su narcisismo y condescendencia respecto de su propia visión o experiencia de las cosas», comenta Rubert de Ventós sobre la cultura norteamericana actual (1987, p. 171).

Con razón se ha significado que este nuevo clima no supone ni procura una superación del síndrome puritano y productivista, sino la interiorización del proceso mismo productivo planeado institucionalmente. Esta nueva cultura nace herida por la producción en serie: sólo que del fetichismo de la mercancía pasamos ahora al fetichismo de la comunicación. En cualquier caso es la reproducción mimética de lo rechazado.

Por otra parte, y referido a nuestro particular clima sico-social, nunca hemos sido por esos lares tan terriblemente racionales para añorar ahora, e incluso manufacturar «ad hoc» una expeditiva pedagogía de lo irracional, nunca tan individualistas como para haber generado la necesidad de una unión compensatoria con el Uno, nunca tan irreligiosos como para necesitar del Guru o de la meditación trascendental (Rubert, p. 200).

c) *Vicios privados y virtudes públicas.*

No cabe duda que el hábito de la privacidad sube enteros en el mercado de las cotizaciones sociales. Hasta ahora había sido la bolsa de Londres la más sensible y poco a poco se ha declarado en un bien público nacional. En todas partes, proteger a la privacidad se ha convertido en un imperativo ético y en el imaginario social de nuestra época.

El problema se plantea cuando se pregunta el coste real de tal protección. Aquellos países que, como el Reino Unido, han declarado a la privacidad su estereotipo nacional, han reconocido que «practican una vida secreta de vicios menores para conservar nuestra privacidad; en otras palabras, son conscientes de la necesaria división entre el mundo de los valores públicos y el mundo del in-

dividuo, que ningún sistema moral puede definir». Anthony Burgess, uno de los mejores observadores del carácter británico, ha podido escribir: «pretendemos que nos gustan los animales, pero cazamos a los zorros. Pretendemos ser humanitarios, pero somos la única nación que necesita una sociedad para la prevención de la maldad contra los niños. Nos emborrachamos con facilidad, pero

somos lo bastante morales como para tener leyes que señalan las horas para consumir alcohol en locales públicos» (*El País*, 26-4-87).

La relación entre vicios privados y virtudes públicas marca el índice de la hipocresía. Nuestra época asiste a un crecimiento espectacular en la demanda de virtudes públicas al tiempo que desplaza a los vicios hacia la esfera privada.

Bibliografía citada.

- BERGER, P., BERGER, y KELLER, H., *Un mundo sin hogar*. Sal Terrae, Santander 1979.
- BOBBIO, H., *Estado, gobierno, sociedad. Contribución a una teoría general de la política*. Plaza Janés, Barcelona 1987.
- CASTEL, R., *La gestión de los riesgos*. Anagrama, Barcelona 1984.
- CASTEL, F. y LOVELL, A., *La sociedad psiquiátrica avanzada. El modelo norteamericano*. Anagrama, Barcelona 1980.
- DONATI, P., *Publico e privato: fine di un'alternativa*. Bolonia 1978.
- GARCIA ROCA, J., «Idolos de muerte en la sociedad actual», en *Misión Abierta* 5-6 (1985) 42-58.
- GINER, S. y PÉREZ YRUELA M., *La sociedad corporativa*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid 1979.
- GINER, S., «Avatares de la sociedad civil», en *Arbor* 494 (1987) 9-49.
- LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*. Anagrama, Barcelona 1986.
- NAVARRO, V., *The Welfare State and its distributive effects*. (Ciclostilado), Barcelona 1987.
- RUBERT DE VENTOS, X., *De la modernidad*. Península, Barcelona 1980.
- RUBERT DE VENTOS, X., *El laberinto de la hispanidad*. Planeta, Barcelona 1987.
- SANCHEZ FERLOSIO, R., *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*. Alianza editorial, Madrid 1986.

